

IV  
PROPONER HOY LA FE  
A LOS JÓVENES.  
Una fuerza para vivir

ASAMBLEA DE OBISPOS DE QUÉBEC  
(Marzo de 2000)

## 1. Introducción

La propuesta de la fe en el actual contexto socio-cultural plantea muchos interrogantes y despierta muchas inquietudes. El paisaje socio-religioso ha cambiado mucho desde algunos decenios y está en constante evolución. Los niños y los jóvenes crecen ahora en un medio de vida en el que la cultura religiosa no ocupa necesariamente un lugar preferente.

Sin embargo, aunque la fe cristiana no ocupe ya el primer plano, eso no significa que los jóvenes no sigan buscando un sentido para su vida y no se planteen las preguntas fundamentales de la existencia humana.

Teniendo en cuenta esta situación, no podemos ya concebir el Evangelio de Jesucristo como la transmisión de un conocimiento, sino como la oferta a los jóvenes de una respuesta. Hoy estamos llamados a reflexionar sobre nuestras actitudes, a encontrar caminos nuevos y a poner en cuestión nuestras expectativas acerca de los diversos lugares de transmisión de la fe. *Proponer hoy la fe a los jóvenes: una fuerza para vivir* es un documento de orientación que trata de establecer unas pistas y sugerir caminos a recorrer con las jóvenes generaciones.

Para llevar a cabo este proyecto se constituyó una comisión de orientaciones pastorales. La Asamblea de obispos de Québec desea agradecer particularmente a Mr. Jean-Pierre Blais, presidente de la Comisión de educación, Yves-Roger Bertrand, Remi Bourdon, Thérèse-A. Bélec, Mathilde Francoeur, Denise Larmarche, CND, Bruno Toupin y Paul Tremblay su importante contribución para la elaboración de este documento. El episcopado ha seguido de cerca todas las etapas de su desarrollo y lo ha aprobado en su asamblea plenaria de marzo de 2000.

Los obispos de Québec desean que los padres, educadores y educadoras, los movimientos y las comunidades puedan sacar un gran provecho de este documento para la transmisión de la fe a los jóvenes de hoy.

## 2. Pistas para orientarse en un mundo en cambio

En las condiciones tan inéditas en que se encuentran hoy las familias, las parroquias, los movimientos y la escuela, debemos tratar de trazar juntos los nuevos caminos a través de los cuales pueda proponerse la fe a los jóvenes como una fuerza para vivir.

Esto es lo que pretende este documento: establecer una serie de pistas para la propuesta del Evangelio de Jesucristo a las jóvenes generaciones. Se dirige a todas las personas que trabajan con jóvenes y cuyo empeño lo constituye el futuro de la fe en este país. Se dirige a los padres que se preguntan cómo transmitir la visión y los valores de la fe a sus hijos. Se dirige a las comunidades parroquiales que quieren ser lugares de iniciación, alimento y práctica cristiana. Más ampliamente, se dirige también a los educadores y educadoras que trabajan en la escuela pública y privada o en los movimientos juveniles y que, de uno u otro modo, contribuyen al crecimiento humano y espiritual de la juventud.

El despertar de la fe se realiza, efectivamente, mediante la aportación particular y coordinada de estos diversos ámbitos en los que los jóvenes crecen y se inician a la vida. En primer lugar, la familia. Las comunidades de fe y sus reuniones. La escuela, los movimientos juveniles, así como numerosos grupos o asociaciones culturales, deportivas, científicas. Y también muchas otras influencias que hoy se dan y que pueden contribuir imprevisiblemente al despertar de la fe de los jóvenes: la televisión, las nuevas tecnologías de la comunicación, la música, las diversiones, los viajes, etc.

Este documento pretende inspirar y orientar la acción y el testimonio de cara a la propuesta de la fe en estos múltiples ámbitos de la vida. Se trata de un documento de orientación que pretende establecer una serie de pistas a partir de las cuales puedan imaginarse múltiples pistas posibles de acción. Algunas de ellas ya se conocen y se realizan; otras tienen que ser purificadas y acondicionadas. Quisiéramos que las pistas que proponemos animaran a seguir avanzando, en libertad y confianza, en medio de un mundo en cambio.

La propuesta de la fe en nuestro tiempo presenta muchos interrogantes e inquietudes ante un paisaje socio religioso que

tanto ha cambiado y sigue cambiando. En este contexto, siempre en movimiento, ¿cómo despertar a los jóvenes a la fe? ¿Cómo encontrarse con ellos? ¿Cómo llegar a comprender la novedad con la que nos vemos confrontados?

No hace falta volver a insistir en que las ideas se han secularizado, que por todas partes se extiende el pluralismo, que la memoria cristiana se desmorona y que la práctica religiosa continúa debilitándose. La religión, para algunos, es cosa del pasado, y para mucha gente es una opción personal que se tiene y se quiere mantener en el secreto de la intimidad de la conciencia.

Es, pues, indispensable volver a medir las posibilidades y los límites de las distintas instancias por las que tradicionalmente se realizaba la propuesta de la fe: posibilidades y límites de la familia; posibilidades y límites de la parroquia; posibilidades y límites de la escuela y los movimientos; posibilidades y límites de los nuevos espacios mediáticos, culturales, etc.

Es necesario hacer una evaluación realista, sin dejarse llevar por la nostalgia o el desasosiego. Conviene incluso adoptar una mirada positiva y una actitud de simpatía hace este mundo y este tiempo, un mundo y un tiempo que Dios ama. «Los tiempos más difíciles pueden revelarse como los más evangélicos» (Madre Teresa).

Lo que importa, pues, es estar atentos sobre todo a los nuevos aspectos de la cultura que caracterizan a nuestra sociedad y que modifican considerablemente la relación con lo religioso. Estos aspectos representan a un tiempo amenazas y oportunidades para el despertar y la transmisión de la fe y esbozan ya el perfil de la Iglesia del nuevo siglo.

Recordamos ahora los aspectos más conocidos, los que impregnan ya fuertemente la mentalidad y la sensibilidad de los jóvenes. Ciertamente, no debemos meter a todos los jóvenes en un mismo «saco» cultural; hay entre ellos una gran diversidad de intereses, de talentos, de motivaciones. Damos a la expresión «los jóvenes» un sentido sobre todo cronológico, referido a los adolescentes de secundaria y bachillerato, todos ellos influidos en diversos grados por la cultura ambiental.

### *2. 1. Una cultura marcada por las comunicaciones*

El mundo de los jóvenes es ya el de las imágenes y la información. Imágenes variadas, seductoras, fragmentadas. Los medios de comunicación captan su mirada y su atención y, al hacerlo, desarrollan en ellos nuevos modos de pensar y nuevas vías de acceso al conocimiento. Esta evolución destroza el discurso religioso tradicional y las prácticas pedagógicas ordinarias. Pero también incita, positivamente, a una renovación de los modos de comunicar la fe por caminos que, como veremos, no son ajenos a la gran tradición cristiana

### *2. 2. Una cultura marcada por el pluralismo*

Los jóvenes crecen en contacto con la diversidad: diversidad de origen étnico, de lenguas, de religiones, de comportamientos. Constatan esta diversidad en el seno de su familia y en el seno también de la comunidad católica. Ya no hay una sola palabra, una sola «lengua», una única opción posible. Hay muchas. Este pluralismo puede llevar a la indiferencia, pero puede también abrir a la tolerancia y a la libertad.

### *2. 3. Una cultura que valora la autonomía de la persona*

«Ser uno mismo» constituye hoy en día una reivindicación primordial. La gente reivindica el derecho a su propia opinión, a sus propias convicciones. La primera tarea en el crecimiento de una persona joven es hoy la construcción de su identidad. Buscan puntos de referencia, al tiempo que se indignan ante toda tentativa de indoctrinación o alistamiento. En el terreno de la fe, esta actitud hace cambiar, evidentemente, la relación con la tradición y la autoridad de sus padres o de la Iglesia, que ya no tienen la última palabra. Los jóvenes reivindican su derecho a expresarse y a elegir, lo cual supone un cierto riesgo de vacilaciones y errores. Pero, al mismo tiempo, es la oportunidad para que puedan llegar a decir «creo» de un modo personal.

### *2. 4. Una cultura democrática que valora la participación y el debate*

Los niños, desde muy pequeños, plantean las preguntas más serias. ¿Quién es Dios? ¿Qué Dios es el tuyo? ¿Para qué sirve la religión? Quieren discutir, dialogar. Se aferran a sus opiniones. Es cierto que debatir y cuestionar puede debilitar las certidumbres, pero hoy en día son un camino obligado para encontrar la verdad, para apropiársela, para recuperar la fe.

### *2. 5. Una cultura pragmática, crítica y marcada por la ciencia y la técnica*

Uno de los primeros objetivos de la escuela es desarrollar en los jóvenes el sentido de la investigación científica mediante el pensamiento crítico y la observación sistemática de la realidad. Todo debe ser observado y demostrado. La verdad se mide por la eficacia. Este enfoque científico de la realidad contrasta, evidentemente, con el enfoque de la fe, pero es la ocasión para estudiar con ellos, los jóvenes, las vías de acceso a la verdad y la relación entre la ciencia y la fe. Es también la ocasión para descubrir nuevamente que la misma fe tiene que hacerse pragmática, que «la fe sin las obras es una fe muerta» (St 2, 17).

Este paisaje nuevo y movedizo, esbozado aquí a grandes rasgos, supone un desafío considerable. Nos obliga a revisar y a renovar en profundidad nuestro modo de concebir y llevar a cabo la educación de la fe.

Pero este desafío no debe desanimarnos. Existen, por otra parte, múltiples experiencias pastorales y educativas que están abriendo ya caminos para nuevas maneras de hacer hablar al Evangelio de Jesús, como el primer día de Pentecostés, en una lengua que los jóvenes entienden.

Lo importante es darse pistas para poder abordar con confianza esta nueva etapa de evangelización.

### 3. Renovar la perspectiva

*En la educación de la fe, la cuestión no es acumular recursos, sino, ante todo, descubrir la fuente.*

La situación cultural que acabamos de evocar nos obliga a dos desplazamientos que suponen tener que pensar *de otra manera* el modo de proponer la fe a las jóvenes generaciones.

#### 3. 1. Del río a la fuente

Estamos acostumbrados a pensar que la transmisión de la fe es como un río que se va haciendo más grande poco a poco, a medida que los afluentes van acrecentando su caudal y ensanchando su curso. Así, la tradición de la fe tenía su fuente en el hogar. Luego, durante la infancia y la adolescencia, ensanchaba su curso con el gran afluente de la escuela y la enseñanza religiosa escolar. A continuación, la parroquia tomaba el relevo para el resto del camino y el declinar de la vida. La transmisión de la fe se realizaba de modo progresivo, encadenándose de edad en edad, como una herencia llevada y conducida por el continuo oleaje de la vida, en el diario funcionamiento de las instituciones sociales y eclesiales.

Hay que reconocer que esta imagen del río y sus afluentes no corresponde demasiado a la realidad. En la familia, con frecuencia parece que la fuente se ha secado. En la escuela, la aportación de lo religioso se ha reducido, o se trata a veces de modo aleatorio. Por su parte, la parroquia, cada vez menos frecuentada, no alimenta más que a una débil parte de los bautizados, y muchos creyentes no encuentran en ella una verdadera respuesta para su hambre.

La imagen del río evoca el dispositivo que ha servido para encaminar el proceso de fe de las generaciones anteriores a nosotros. Los lugares institucionales que lo caracterizaban se han ido descolgando continua y lentamente. Necesitamos pasar, de este modelo del río, cuyo desenlace se ha hecho incierto, a otro modelo.

En las nuevas condiciones, que son ahora las nuestras, lo que nos importa es remontar hasta allí donde la fe tiene su fuen-

te; es decir, hasta el corazón de la experiencia de la gente. La fuente está en las personas, en los momentos esenciales de su vida, en las experiencias más básicas en que se dieron las primeras vibraciones, los primeros rumores de la fe. Esta fuente es la que está en el punto de partida de todos los caminos y es la que hay que volver a buscar continuamente, abrirla, canalizarla. Como si fuésemos zahoríes, tenemos que estar atentos a este fluir, lejano o cercano, de la fuente viva. Atentos a ese pozo secreto que cada uno lleva en lo más profundo de sí mismo.

Este modelo de la fuente es el que sugiere la Biblia para los momentos de niebla o de incertidumbre. Desde esta perspectiva de la vuelta a las fuentes es como hablaban los profetas en tiempo del exilio y de la vuelta del mismo, cuando los cimientos habían quedado arrasados y había desaparecido todo apoyo religioso (el Templo, los sacerdotes, el culto, el entorno). Entonces anunciaban que Dios iba a renovar su alianza a partir del corazón humano: «Yo os daré un corazón nuevo, infundiré en vosotros un espíritu nuevo... Infundiré mi espíritu en vosotros y haré que os conduzcaís según mis preceptos y observéis y practiquéis mis normas», proclamaba el profeta Ezequiel» (36, 26-27).

El profeta Jeremías lleva esta visión aún más lejos. «Pondré mi ley en su interior, y sobre sus corazones la escribiré, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Ya no tendrán que adoctrinar más el uno a su prójimo y el otro a su hermano, diciendo: "Conoce a Yahvé", pues todos ellos me conocerán, del más chico al más grande» (31, 31. 34). Una ley escrita en el fondo del corazón, en la fuente.

Esta misma imagen de la fuente es la que inspira a Jesús en el diálogo con la Samaritana, aquella marginada de su tiempo, «distante» en su fe e «irregular» en su vida conyugal. A esta mujer, Jesús le pide agua, despertando en ella la fuente que salta hasta la vida eterna. Más adelante, en la parábola de los invitados que no se presentaron a la fiesta, Jesús manda «salir a los caminos», a todos los cruces donde la gente se encuentra, allí donde la fe puede iniciarse, donde puede nacer.

Volver, pues, a la fuente. Olvidarse de aquel esquema de canales y acueductos pastorales que ya no dan apenas agua. Buscar las fuentes de la fe, siempre subterráneas y que, tarde o temprano, afloran a ras de la vida. Están allí donde la gente, cansa-

da, recupera las ganas de beber, las ganas de agua, las ganas de vivir y revivir.

Volver a la fuente, como puede ya adivinarse, es más que volver a las creencias y que introducir en un sistema. Es, ante todo, tratar de extraer la experiencia espiritual que brota de la vida, que sorprende, que hace sentir lo esencial, que despierta, que pone en camino, que hace vivir.

Es aprender a reconocer, en las diversas edades de la vida, esa fuente que el Espíritu hace nacer en el corazón de las personas como un don, como una nueva fecundidad. «Escucha en ti la fuente que habla de amor», dice el canto litúrgico. Esta intuición se hallaba ya inscrita liminarmente en todo el esfuerzo catequético de los años sesenta: «Yo oigo dentro de mí como un agua viva que murmura y dice: "Ven hacia el Padre"» (Ignacio de Antioquía). Es importante volver a esta inspiración fundamental.

En la educación de la fe, la cuestión no es ante todo acumular recursos, sino, más bien, descubrir la fuente.

### *3. 2. De los cursos a los itinerarios personales*

La actual situación cultural nos obliga igualmente a realizar otro desplazamiento: hay que pasar de los cursos a los itinerarios personales. ¿Qué quiere decir esto?

La palabra «curso» evoca inmediatamente la idea de programa, de una serie de lecciones sobre la doctrina cristiana, de verdades que se enseñan. Los «cursos», actualmente, conllevan a veces el miedo a la repetición y al indoctrinamiento.

La palabra «itinerario» indica que se aprende la verdad, pero dejando espacio para la persona, para su autonomía, para su caminar. Nos transporta de la idea de verdad que se aprende a la de verdad que se experimenta. Una verdad de la que nos apropiamos, verificándola en la experiencia y convirtiéndola en convicción personal.

La fe, en la medida en que propone una determinada visión del mundo, comporta, es verdad, una parte de enseñanza, de conocimientos, de verdades. A lo largo de los siglos, esta visión del mundo y estas verdades se han ido transmitiendo por múltiples cauces: por la predicación; por el testimonio de los mártires; por

los frescos de las catacumbas y las basílicas de los primeros siglos; por las vidrieras y las piedras en la época de las catedrales; por la música, las fiestas y los ritos litúrgicos; por la enseñanza de los catecismos aparecidos tras la Reforma protestante...

Hoy, ante el estallido de los medios de comunicación y la evolución de la práctica pedagógica, se nos está pidiendo encontrar una pluralidad de enfoques que inciten a los jóvenes a la participación y el compromiso. Se nos pide sobre todo, en este tiempo de pluralismo religioso y de opciones personales, que tengamos en cuenta que la fe se propone, ante todo y sobre todo, por medio del testimonio de vida de los creyentes. Por eso la fe se aprende fundamentalmente al modo de una experiencia compartida, de un proceso realizado en compañía de otros -hermanos y hermanas- cuyo ánimo y fuerza para vivir se inspiran en el Evangelio.

Proponer hoy la fe a los jóvenes no es tanto pretender darles cursos cuanto sugerirles itinerarios de vida, invitarles a dar algunos pasos en el sentido del Evangelio, como quien hace un trecho del camino, como quien descubre poco a poco un país, un territorio nuevo, desconocido. Y todo ello con acompañamiento.

Damos aquí a la palabra «itinerario» un sentido existencial, rico y amplio. Un itinerario personal es un trayecto en el bosque o en el campo, un trecho más o menos largo, fácil o difícil, como una marcha en bici o por la montaña. Una experiencia de camino, solo o acompañado. Un itinerario personal es una experiencia vivida con resonancias en todo el ser y en todos los planos: físico, intelectual, afectivo, espiritual. Un itinerario personal es un trecho, una etapa de vida, con todo lo que ello puede suponer de descubrimientos, de encuentros, de compartir, de palabras intercambiadas, de tensiones, de conocimientos adquiridos, de crecimiento. Un itinerario personal es algo más que un conjunto de actividades o de estrategias pedagógicas; es una inmersión en la realidad, de la que se sale en parte transformado.

El modelo de itinerario está perfectamente ilustrado en la página del Evangelio de los discípulos de Emaús que regresan a su aldea con paso lento y sumidos en la tristeza. Mientras caminan, se encuentran con el Resucitado, que despierta de nuevo su esperanza y les hace volver a sus hermanos en Jerusalén (Lc 24, 13-35).

Y tal vez lo ilustra mejor aún el bello pasaje del camino que hacen juntos el diácono Felipe y el funcionario etíope (Hch 8, 26-40). Es el camino que va de Jerusalén a Gaza, es decir, el camino que lleva al mar, que abre el Evangelio a toda la cuenca mediterránea. Es el camino de lo nuevo, fuera de Jerusalén, el camino que desemboca en un mundo nuevo e incierto. Un camino que, al comienzo, se dice que es «desierto»... pero donde el Espíritu precede, prepara, sorprende sin cesar, por que es él quien lleva la iniciativa... Él ha despertado ya la fuente interior en el corazón de este funcionario extranjero que había ido en peregrinación a Jerusalén... Él es quien impulsa a Felipe a unírsele en el carro. De camino, conversan sobre los últimos acontecimientos, hablan y se preguntan sobre un texto del profeta Isaías y se detienen junto a un sitio con agua para el bautismo. Luego ambos se separan. En ese camino no aparece todavía la comunidad; ésta vendrá después, más adelante..., en Cesarea, en Antioquía. Del funcionario etíope, nada más se sabe que estos instantes del encuentro. El pasaje bíblico tan sólo dice que «siguió su viaje lleno de alegría». Nada más. Sin embargo, este breve itinerario de iniciación a la fe sigue siendo un momento inolvidable y un punto de referencia. En la frontera de un mundo desconocido, en plena fractura de una tradición secular, este pasaje sigue iluminando aún hoy nuestros caminos.

Para los jóvenes y para los menos jóvenes, un itinerario personal es a menudo casi nada. Justo un tramo de camino al azar de la vida. Pero es un pedazo de sí, un trozo de vida que no miente. Un fragmento de mundo iluminado por el Evangelio. Un momento gratuito, insustituible, como un relámpago, como el amor. Un pasaje sorprendente, un encuentro, un claro en el bosque, como un regalo, como una gracia. Justo el tiempo de conversar un poco, de detenerse, de tocar la fuente, de amar, de saberse amado y de irse ligero. Llegado y transmitido como por milagro, fugaz en el tiempo, profundo en el corazón. Inolvidable. Que desencadena la novedad. Que permite seguir caminando lleno de alegría... nuestros caminos tejidos de soledad y de deseos.

Diríase que el Espíritu nos conduce hoy por estos derroteros aparentemente «desiertos». Hoy día, la transmisión y la educación de la fe parece que se realiza como a base de puntitos, a pe-

queños trazos, en itinerarios unas veces espontáneos, otras veces propuestos, y otras veces programados. «Los itinerarios breves tienden a sustituir a lo que antes se desarrollaba en un largo recorrido». Pero siempre es la vida que empuja, que sorprende con sus interrogantes y sus dramas, la vida que, repentinamente, desplaza y desencadena la novedad.

Para los jóvenes y para muchos creyentes la fe ya no se presenta como un gran camino ya señalizado de antemano, con sus etapas y sus cruces obligados. No. Más bien la fe se descubre a modo de «trazos de camino» que se recorren en compañía de otros y otras creyentes que conocen el nombre de Jesús o lo buscan, que lo descubren presente a ras de su vida, a partir de los interrogantes del momento, o de una página de la Escritura, o de los imprevistos y dramas de cada día, o de las locuras y la belleza del mundo.

Esto da lugar, cada vez con más frecuencia, a trazos discontinuos, desconcertantes, imprevisibles... pero mucho más abiertos al viento y las sorpresas del Espíritu. Ciertamente, se corre el riesgo de una fe puntual, ocasional, que por eso no consigue unificar la vida. Se corre el riesgo de la «pertenencia parcial», que no desemboca de inmediato en la experiencia cristiana integral. Pero hay que comprender también que para muchos jóvenes, en las condiciones en que se encuentran, esta fe, incluso fragmentaria y todavía poco coherente, representa con frecuencia el máximo posible de adhesión.

De cara al futuro, hay que confiar en el tiempo, en la semilla, en el crecimiento (Mc 4, 27). Hay que confiar en las diferentes mediaciones familiares, eclesiales, culturales... que tendrán su lugar más adelante. Es de esperar que los jóvenes puedan encontrarse entre sí más tarde, en otros lugares abiertos al avance, a la acogida, a la reflexión, a la celebración, al compromiso.

Lo importante es que, al acabar su itinerario personal, los jóvenes puedan seguir su camino con alegría, puesto que llegar a la fe es el camino de toda una vida, con sus momentos excepcionales en los que la existencia, de pronto, parece adquirir una densidad diferente. A la larga, el Espíritu está allí, acompañando, y es perfectamente capaz de reunir esos tramos de camino, completarlos, unificarlos y conducir al joven a la fuente que salta hasta la vida eterna. ¿No es Él el primer responsable de la

educación permanente de los creyentes: «El Espíritu... os recordará todo lo que yo os he dicho» (Jn 14, 26)?

### 3. 3. *Nuevos caminos*

Si admitimos este doble desplazamiento, si aceptamos pasar del río a la fuente y de los cursos a los itinerarios personales, muchas cosas pueden cambiar, y en especial la primera pregunta que debe abordar un documento de orientación como éste.

En un pasado todavía no muy lejano, esa primera pregunta era cómo distribuir la doctrina a proponer a los jóvenes, durante su infancia y adolescencia, los contenidos que correspondían a cada curso escolar. De modo espontáneo, se pensaba en una enseñanza, en unos cursos, en un conjunto doctrinal que debía ir presentándose de un modo progresivo y completo.

En esta nueva perspectiva que indicamos, la primera pregunta es otra: ¿qué caminos o itinerarios de iniciación hay que proponer a los jóvenes? ¿Y qué elementos de la tradición católica, qué historias, qué parábolas y páginas de la Escritura, qué símbolos y ritos litúrgicos, qué pasajes de la historia de la Iglesia y qué hechos eclesiales actuales podrían ser para ellos especialmente significativos y nutritivos en dichos itinerarios?

Esta imagen «peregrina» del itinerario personal puede ayudarnos. Es la imagen de un camino abierto, que viene de lejos y por el que han transitado muchas generaciones anteriores a nosotros, guiadas por el Espíritu de Dios. Este camino llega hoy a una nueva tierra, y tenemos ante nosotros un relieve accidentado y unos paisajes inéditos. Cada cual quiere marchar a su ritmo, pero cada cual quiere también encontrar las indicaciones que le ayuden a avanzar en la buena dirección, con la fuerza que procede de Dios.

Lo que ahora presentamos pretende precisamente iluminar y orientar a cuantos intervienen, directa o indirectamente, en la propuesta de la fe a los jóvenes. Que sea para ellos y para ellas como piedras o indicadores que les sirvan de referencia y de señales de paso.

## 4. Caminos para explorar

*En un tiempo en el que para demasiados jóvenes es difícil la vida, e incluso no tienen ganas de vivir, la fe en el Dios de la vida es inseparable de la fe en la vida.*

Los tiempos cambian, pero los caminos que llevan al corazón del misterio siguen siendo casi los mismos. Son caminos que han recorrido multitud de veces generaciones enteras de hombres y mujeres que nos han precedido, esperando siempre encontrar las mismas salidas y tropezándose con los mismos «impases». Hay miles de caminos de iniciación: primero, el camino de la vida, con sus dulzuras y sus fragilidades. El camino del servicio. El camino de la Palabra compartida entre creyentes. El camino de la plegaria interior. El camino del pan partido en memoria del Resucitado...

Es este conjunto de caminos lo que hay que proponer a los jóvenes como caminos de iniciación, es decir, caminos de introducción, de primer contacto, de primer aprendizaje, como otras tantas vías posibles de acceso a la experiencia cristiana.

### 4. 1. *El camino de la vida, dulce y amarga*

Dios se hace cercano, ante todo, en el corazón mismo de la vida, en el corazón de la historia particular de cada uno. «La palabra está bien cerca de ti, en tu boca y en tu corazón, para que la pongas en práctica» (Dt 30, 14). Esta Palabra es un murmullo que lleva al hilo de los acontecimientos, la película de la vida. La vida, siempre maravillosa y frágil a un tiempo. Maravillosa como las maravillas de la creación, pero igualmente frágil como la salud. La vida, siempre dulce y amarga a la vez. Dulce como el gozo de vivir, como el amor. Y amarga como las dificultades de la existencia, como la violencia y la crueldad del mundo.

Los jóvenes no escapan a esta experiencia de la vida en su doble aspecto, dulce y amargo. Experiencias del gozo de vivir, de crecer, de actuar, de descubrir, de servir, de conseguir... Experiencias igualmente de dolor, de trabajo, de soledad, de violencia, de fracaso, de familia rota, de sufrimiento, de duelo, de pobreza, de futuro incierto... A través de estos momentos, feli-

ces o desgraciados, los jóvenes necesitan experimentar y afincar en ellos las ganas de vivir. Deben descubrir que, aunque la vida sea dura, sigue siendo buena a pesar de todo, y que, ciertamente, tiene mejor sabor que la muerte.

El «drama espiritual» del que se habla a propósito de los jóvenes tiene su origen en esta «crisis de fe», que desborda ampliamente el terreno de lo religioso. Demasiados jóvenes apenas llegan o no consiguen en absoluto tener fe en la vida, creer en el amor, en los adultos que puedan ser significativos, en el futuro... ¿Cómo, entonces, pueden llegar a creer en Dios?

Lo importante, por tanto, es acompañarles en el camino de la vida, para ensanchar el campo de sus aspiraciones, para ayudarles a acoger a un tiempo la dureza y la belleza de la existencia. En un tiempo en el que para demasiados jóvenes es difícil la vida, e incluso no tienen ganas de vivir, la fe en el Dios de la vida es inseparable de la fe en la vida

#### *4.2. El camino del servicio*

Es el camino de la experiencia de la ayuda mutua, de la compasión, de la mano que levanta y sostiene. Es el camino que se abre al sentido social, al compromiso por la solidaridad y la justicia. Actualmente, esta experiencia de servicio -cualquiera que sea: carácter social, comunitario, deportivo, humanitario, eclesial... - se revela como un incentivo y un trampolín para el camino moral, espiritual y religioso de los jóvenes.

En este tiempo de discursos ya gastados y de un «verbalismo» omnipresente, sobre todo en la escuela y en los medios de comunicación, los jóvenes se muestran especialmente sensibles a los gestos y las acciones. Realizando servicios concretos, aprenden a salir de sí mismos, presienten o descubren la trascendencia, el «sacramento del hermano». «Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mt 25, 40).

#### *4.3. El camino de la palabra compartida*

Es el camino de la toma de la palabra, de la palabra aprendida, liberada, expresada, escuchada, del intercambio de palabras. En

el crecimiento **humano, esta experiencia** de la palabra es absolutamente primordial, **constitutiva incluso** de la persona. Por eso precisamente a los niños pequeñitos les gusta tanto aprender a hablar, y por eso los niños preguntan siempre «por qué», y por eso los adolescentes pasan tanto tiempo juntos con sus amigos precisamente «para hablar». La experiencia de la palabra con los padres y con los iguales es absolutamente fundante de la identidad personal y de la comunión.

No es de extrañar, por tanto, que en la experiencia cristiana, la palabra tenga igualmente un lugar privilegiado. Ella nace desde siempre de la confluencia entre la experiencia humana y la presencia activa de Dios. Acogida primero en el corazón de la vida, compartida en la fraternidad de los hermanos y las hermanas creyentes, escuchada en los relatos bíblicos de los primeros testigos de la fe, proclamada y meditada en la oración comunitaria, la Palabra convoca, interpela, ilumina, reconforta, impulsa sin cesar.

Lo que importa es que los jóvenes puedan hacer esta experiencia de la palabra que les haga volver hacia sí mismos, al tiempo que descubren la Palabra de Dios que les despierta, que les lanza hacia adelante, que les libera, que les cura. El aprendizaje de este diálogo entre la palabra humana y la Palabra de Dios supone un contacto con la Biblia suficientemente frecuente y, sobre todo, significativo, en un contexto de fraternidad realmente sentida.

#### *4.4. El camino de la plegaria interior*

Es el camino de la interioridad, el camino del corazón. A pesar de las apariencias tal vez sea el camino más frecuentado. Recientes sondeos muestran que siete de cada diez jóvenes dicen que practican algún modo de oración, en tanto que la gran mayoría no frecuenta las iglesias.

La oración es a menudo la primera práctica íntima, la que hace brotar el Espíritu en el fondo de los corazones, a veces mucho antes que las demás conductas. Es igualmente la práctica más viva, la que permanece más tiempo, cuando las demás ya se han olvidado. La oración alimenta, enseña a beber en el propio pozo, en la propia fuente.



Entrar en la oración es fruto de un aprendizaje. En este sentido, puede hablarse de iniciación a la oración. Al comienzo, el niño reza balbuciendo invocaciones o palabras familiares aprendidas del adulto. Luego la oración se asemeja a gritos lanzados a Dios, con frases aprendidas, recibidas de la tradición: gracias, ayúdanos, ten piedad de nosotros. Poco a poco, se va convirtiendo en un camino para responsabilizarse de la propia vida, ocasión para concentrarse, para acoger la vida con sus sombras, sus fallos y sus pesados silencios. Ocasión para contar la propia vida ante Dios, retenerla un instante, recibirla de Él y presentir en ella el gusto de la eternidad.

#### *4. 5. El camino del pan partido*

Es el camino de la posada de Emaús. El camino del encuentro en torno a los signos del Resucitado. Es la experiencia de la vida releída y narrada a la luz de su Palabra y sus gestos, de la vida iluminada y celebrada en la certeza de su cercanía, de su Presencia. Es la experiencia del señor que nos reúne y nos acompaña en nuestros caminos humanos: nacimiento, crecimiento, amor, perdón, enfermedad, muerte.

Es la experiencia de los encuentros sacramentales que van jalonando la existencia creyente como tiempos fuertes, puntos de avituallamiento situados en las encrucijadas estratégicas de la vida, como apeaderos u oasis de reposo e intimidad para rehacer las fuerzas y seguir caminando. Es la experiencia del rito y la fiesta que van ritmando la vida, reavivándola, celebrándola, haciéndola significativa.

Entre estos signos, el más importante es la eucaristía, signo y memoria de Jesús, que da su vida por la salvación del mundo y que manda a sus discípulos que hagan lo mismo, «haced esto... », a ejemplo de él. Por eso, en la iniciación cristiana siempre se reservado un lugar importante a la experiencia de la asamblea comunitaria para compartir la Palabra y el Pan en nombre suyo.

Sin embargo, todos sabemos las dificultades que tienen los jóvenes para acudir a nuestras eucaristías. ¿Cómo no van a huir de algo que se les antoja un montón de frases hechas, lecturas difíciles, ritos esclerotizados? El reto es poder abrir con ellos un

espacio simbólico en el que experimenten su palabra como eco de la Palabra de Dios, en el que sus ojos puedan abrirse al misterio de una vida entregada y que se entrega, por amor, como una invitación a la alabanza. Sería preciso lograr que cada vez estos encuentros iniciáticos supusiesen una etapa o un momento de la vida de la que los jóvenes guardasen un recuerdo luminoso e inspirador.

#### *4. 6. Con guías preparados*

Proponer la fe, hoy como ayer, es invitar a los jóvenes a entrar por estos caminos de la experiencia cristiana. Es dar con ellos los primeros pasos, recorrer junto a ellos algunos tramos del camino. Es crear un clima, un entorno que les abra el apetito de creer y el deseo de llegar más lejos.

Para ello se necesitan guías preparados. Hombres y mujeres que conozcan los caminos que acabamos de mencionar, que los hayan experimentado, que sepan de sus alegrías y sus asperezas. Guiar o iniciar es siempre introducir en un camino lleno de trampas, proporcionando la seguridad de que conduce a algún sitio, de que para nosotros ha sido algo bueno. Es señalar las etapas, situar las paradas, repasar el camino recorrido, mediar la distancia que aún queda por recorrer.

Se necesitan guías que sepan proponer algo nuevo, inédito. En el contexto de una cultura en cambio permanente y del declive de los puntos tradicionales de referencia, la fe no se descubre ni se acepta tanto como una tradición o como una herencia sino, cada vez más, como una propuesta, un descubrimiento que hay que realizar, una búsqueda que hay que emprender. Así era la primera invitación de Jesús a sus primeros discípulos: «Venid y lo veréis» (Jn 1, 39). De ahí la necesidad de guías que se atrean y corran el riesgo de invitar a los jóvenes a algo nuevo, costoso a veces, pero profundamente liberador.

Se requieren guías que propongan una fuerza para vivir. La propuesta no puede dirigirse sólo a la razón o a la memoria. Su objetivo no es únicamente transmitir un mensaje o unas convicciones, sino que tiene que ver con la dicha de existir, con el sentido y la alegría de vivir. Lo que propone es la experiencia de vivir la vida desde el aliento y el poder del Espíritu. Deshace las

tensiones, apacigua, su propósito es ayudar a «vivir en abundancia». Como escribe el evangelista Juan al comienzo de su primera carta, cuando intenta resumir los tres años de camino con Jesús: «lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y palpamos nuestras manos... -pues la Vida se manifestó... os lo anunciamos... para que nuestro gozo sea completo».

¿De qué manera puede llegar a los jóvenes la propuesta de este Evangelio que es fuerza para vivir? Mediante el encuentro con personas cuyo corazón y cuya cabeza, cuya carne y cuyo aliento hayan sido atravesados por una Buena Noticia que les ha puesto en marcha y les mantiene siempre en búsqueda. Personas que les inviten, de manera expresa o tácita, a recorrer un tramo del camino en la misma dirección. No necesariamente tienen que ser grandes testigos, «vedettes» de la fe. A menudo serán personas cercanas, creyentes cotidianos que se atreverán a exponerles sus razones para vivir y esperar a pesar de todo. Para estos jóvenes, serán sus padres, sus familiares, cristianos y cristianas de la parroquia, amigos, educadores y monitores, compañeros y compañeras de movimientos... o cualesquiera otros testigos que se crucen casualmente en el camino de sus estudios, sus diversiones, sus viajes...

## 5. Los itinerarios

Teniendo en cuenta la reflexión previamente realizada y nuestro contexto cultural, este apartado pretende aportar indicaciones y sugerencias que ayuden a traducir concretamente las orientaciones indicadas.

Con esta intención se propone un amplio abanico de itinerarios posibles para realizar o proponer desde los lugares en que los jóvenes viven y se relacionan. Itinerarios que deben ser simples y concretos al mismo tiempo. Sobre todo, deben conducir directamente a la fuente, a lo esencial.

a) *Itinerarios en las familias.* La propuesta de la fe en la familia es principalmente cuestión de atmósfera, de clima, de un cierto modo de vivir. Pero requiere, además, ciertas prácticas, ciertos aprendizajes específicos que corresponden di-

rectamente a la familia. Hay que ser realistas y tener en cuenta la enorme diversidad de situaciones familiares; pero, al mismo tiempo, hay que confiar en las capacidades reales de los padres para querer y buscar lo mejor para sus hijos. Es importante que los padres puedan contar con ayuda y acompañamiento en el ejercicio de su misión.

- b) *Itinerarios en las parroquias.* Las parroquias necesitan una redefinición de su papel y una renovación creativa. En este sentido, se sugieren dos rasgos que habría que potenciar: la parroquia como una «conexión», más que como un «recinto» territorial, reclamando con ello la idea de continuidad en la distancia; la parroquia como una «red», término propio de la cultura actual que recoge la importancia de la solidaridad y de la comunión. Desde esta perspectiva se proponen itinerarios parroquiales de tres órdenes: *itinerarios sugeridos por la vida*, vinculados a las grandes etapas de la existencia personal; *itinerarios propuestos por la Iglesia*, centrados en la propuesta y la dinámica propia del año litúrgico; *itinerarios de iniciación a los sacramentos*, superando la mera «preparación» para los mismos y acogéndolos como «ocasión de pasar de una pastoral de la demanda a una pastoral de la propuesta».
- c) *Itinerarios en la escuela.* Es necesario distinguir entre la misión de la escuela y la de la comunidad creyente. Se valora como elemento importante, aunque no programable, la escuela como « lugar de relaciones a través del cual se manifiesta el testimonio de vida».
- d) *Itinerarios en los grupos y en los movimientos juveniles.* «Examinando los caminos del "creer", se descubre la importancia que tiene para los jóvenes pertenecer a un grupo o movimiento, porque en ellos hacen la experiencia comunitaria».
- e) *Itinerarios según los acontecimientos.* Son muchas y diversas las realidades que pueden dar comienzo a un itinerario de fe. Será oportuno, por tanto, acoger y multiplicar estas ocasiones en las que, sin previo aviso y de manera inesperada, el Espíritu puede hablar a los jóvenes de nuestro tiempo.

Todos estos itinerarios, relacionados y convergentes, «constituyen una especie de mapa de senderos que hoy pueden conducir a los jóvenes a entrar en la experiencia de fe».

«Considerando el conjunto de estos itinerarios, se comprende que la fe ha de ser presentada hoy a los jóvenes no tanto bajo la forma de una herencia a transmitir cuanto bajo la forma de una propuesta a realizar. Una propuesta formulada de diversos modos y en tiempo oportuno por unos testigos suficientemente convencidos y convincentes para atreverse a invitar a los jóvenes a recorrer un tramo del camino a la luz del Evangelio. Una invitación a crecer en la confianza donada por Dios como una fuerza para vivir.

Es importante que los jóvenes perciban esta propuesta de la fe, no como una invitación a reproducir o «fotocopiar» el pasado, sino más bien a proyectar su vida personal, iluminada por la fe, sobre la pantalla de fondo de la historia humana y de la historia de la salvación cumplida y todavía por cumplir en Jesús».

## 6. Los relatos

*Relatos que hacen pensar, que iluminan lo que se vive, que nos invitan a mirar más allá, a ir más lejos.*

La fe cristiana se basa en una experiencia personal, pero necesita también expresarse en palabras, convicciones y algunas fórmulas esenciales. Son palabras, convicciones y fórmulas que instauran el diálogo entre los hermanos creyentes y mantienen la relación con la historia de Jesús.

¿Con qué palabras pueden expresar los jóvenes su fe? ¿Cómo enseñarles a hablar el lenguaje de la fe, el lenguaje del Evangelio? ¿Cómo hacerles acceder a lo esencial de la historia y el mensaje de Jesús?

Para responder a estas preguntas no es preciso hacer aquí una exposición orgánica y completa de la fe cristiana o de la misión catequética de la Iglesia. Para eso remitimos a los catecismos ya existentes, en especial el *Catecismo de la Iglesia Cató-*

*lica*, y muy particularmente el *Directorio General para la Catequesis*, que constituyen las referencias básicas.

Tampoco queremos proponer una distribución de los contenidos de la fe en función de las edades psicológicas de niños y adolescentes o de los ciclos escolares. Como ya indicamos al comienzo de este documento, ese trabajo pertenece a los organismos y equipos responsables de la educación cristiana y a los pedagogos y animadores que trabajan con los jóvenes.

Aquí nos limitamos a una única indicación, una sola insistencia. En el esfuerzo colectivo que hay que realizar para proponer la fe a los jóvenes, nos parece que es útil y hasta indispensable que el conjunto de quienes intervienen en ello -padres, responsables de parroquia, animadores y animadoras de movimientos, educadores y enseñantes- tengan una referencia pedagógica común: los relatos de fe.

Para que el trabajo de unos y de otros se vea reforzado y sea convergente, nuestra sugerencia consiste en priorizar el lenguaje narrativo, que desde siempre ha sido el lenguaje más apropiado para expresar la memoria de los pueblos y su visión del futuro.

A lo largo de todos estos caminos e itinerarios que hemos esbozado, ¿cómo llegar a expresar la fe? Mediante los relatos. Relatos narrados entre jóvenes y adultos haciendo camino en busca de la fe.

No hace todavía demasiado tiempo, a los jóvenes se les enseñaban las palabras y el contenido de la fe principalmente por medio de explicaciones, definiciones, repeticiones.

Hoy, como todos sabemos, los jóvenes no están dispuestos, ni intelectual ni psicológicamente, a escuchar grandes discursos. Se muestran reacios a aprender un lenguaje que les resulta extraño. La pedagogía que conocen ha roto con esa praxis de la repetición y el lenguaje abstracto.

Aprenderán el lenguaje de la fe hablándolo con otros creyentes, de modo mucho más espontáneo que antaño, en relación directa con su experiencia, comunicándose con testigos que ya saben hablar el lenguaje de la fe, por una especie de inmersión en un clima de fe. Y ante todo, pero no exclusivamente, por el relato.

## 6. 1. *Relatos, ¿por qué?*

Porque el relato es la manera más sencilla y universal de transmitir una historia, una memoria, una fe.

Porque los jóvenes comparten más fácilmente los relatos que las verdades abstractas.

Porque la Biblia es, de principio a fin, desde Abraham hasta Pedro, Pablo y los demás apóstoles, el relato de unos testigos que quieren «dar testimonio de la luz» que ha iluminado su vida (Jn 1, 7. 9).

Porque el credo original de la fe en Dios se expresó (y así siguen expresándolo los judíos, nuestros hermanos mayores en la fe) de modo narrativo: «*Mi padre era un arameo errante, y bajó a Egipto y residió allí siendo unos pocos hombres... Los egipcios nos maltrataron... Nosotros clamamos a Yahvé, Dios de nuestros padres, y Yahvé escuchó nuestra voz... y Yahvé nos sacó de Egipto*» (Dt 26, 5-8).

Porque el relato es la primera manera personal de expresarse, y por este medio los jóvenes aprenderán, poco a poco, a expresar su fe. De hecho, se pide insistentemente una Iglesia en la que la palabra de los creyentes sea más libre, en la que se restablezca la corriente entre las palabras humanas y las palabras de Dios.

De ahí que la práctica de la narración y el centrarse en algunos relatos fundamentales puedan constituir una especie de referencia común.

«Narrar es ampliar la verdad para que pueda verse de lejos» (*Gilès Vigneault*). Y para que se vea de lejos, los relatos deben centrarse en lo esencial.

## 6. 2. *Cinco relatos fundamentales*

Sugerimos que la propuesta de la fe se realice y se concentre en torno a cinco relatos fundamentales que pertenecen al corazón de la fe cristiana. En ellos puede reconocerse la secuencia tradicional de la historia de la salvación:

- el relato de una tierra amada, visitada y habitada por Dios;
- el relato de la génesis de la vida y el destino del universo;

- el relato del sueño frustrado y la recuperación de la esperanza;
- el relato de la llamada a la fraternidad entre los seres humanos;
- el relato de lo comenzado pero aún inacabado.

En estos relatos vemos un esfuerzo por expresar hoy las «razones comunes» que nos reúnen en la fe. Los relatos no sustituyen al Credo; pero en la trama profunda de éste se vuelve a encontrar el encadenado histórico de los relatos que aquí sugerimos y que conviene entresacar y poner de manifiesto.

Estos relatos deben narrarse, con niños y jóvenes, en los itinerarios que se realizan en la familia, en la escuela, en la parroquia, en los movimientos. No como «contenidos que transmitir», sino como relatos que hacen pensar, que iluminan lo que se vive, que nos invitan a mirar más allá, a ir más lejos. A semejanza del camino que el etíope hace en compañía del diácono Felipe, compartiendo ambos relatos de vida a la luz del relato del siervo sufriente de Isaías.

Estos relatos deben ir entretrejiéndose con los acontecimientos de cada día, con las luchas y los conflictos de la vida. Hacerse creyente es descubrir en la propia historia personal una especie de «historia sagrada». Es hacerse capaz de contar esta «historia sagrada» ordinaria relacionándola con los relatos de los primeros hermanos y hermanas en la fe, con el testimonio de cuantos han buscado a Dios desde Abraham y Sara, con el testimonio de Jesús de Nazaret y sus primeros discípulos.

En estos cinco relatos fundamentales hay que ver como cinco constelaciones en torno a las cuales es conveniente agrupar muchas páginas y episodios de la Biblia que proporcionan una misma luz, que reflejan un mismo mensaje, que alimentan unas mismas convicciones.

Queremos recalcar que estos relatos deben proponerse «en relación con las experiencias de los jóvenes en la cultura de este tiempo», entendido esto no en el sentido reductor de que deberían establecerse puentes con la cultura, como si ambos universos estuvieran distanciados, sino en el sentido inclusivo en el que la fe nace y se infiltra en la cultura como el agua penetra en el suelo, como los hilos que forman una única trama, la trama

de la vida. Es imposible una fe que no esté entrelazada con la cultura.

Igualmente señalaremos, unidos a estos relatos, algunos elementos especialmente importantes de la tradición cristiana que deberían enriquecer el imaginario y la memoria de los jóvenes. Los presentamos bajo el título de «elementos de memoria». De esta manera queremos hacer ver la importancia de la memoria en la transmisión y la propuesta de la fe. La memoria es, a lo largo de la vida, «esta maravillosa facultad que abastece al corazón» (J. Guitton).

#### a) *El relato de una tierra amada, visitada y habitada por Dios*

En el corazón mismo de la fe cristiana existe la certeza de que esta tierra es amada por Dios, que la ha visitado, que la habita. Quiso establecer contacto con la humanidad a través de la historia humana. Hizo alianza con Abraham y Sara, sus descendientes. En Jesús renovó esta alianza con todos los pueblos de la tierra.

La fe que hoy se transmite sigue pasando a través de la historia y de la vida, de la carne y la sangre de quienes creen en Él, de quienes lo han «encontrado». Transmitir o proponer la fe es hacerse eco de este encuentro con Dios e invitar a otros a hacerlo.

- En relación con la experiencia de los jóvenes y la cultura de este tiempo:
  - el sentimiento de soledad que pesa sobre tantos jóvenes;
  - la búsqueda de un sentido de la vida;
  - la necesidad de amar y ser amado;
  - la experiencia del tiempo: ¿da vueltas el mundo sin sentido?;
  - el interés por los extraterrestres y la vida más allá de la tierra;
  - la sensación de un Dios a veces lejano y mudo.
- Elementos de memoria:
  - la llamada y el destino de Abraham y Sara;
  - la misión del joven Moisés;
  - los relatos de la anunciación a María y el nacimiento de Jesús;

- la relación de Jesús con la gente de Palestina;
- los encuentros con sus discípulos tras la resurrección;
- el testimonio de creyentes de nuestro tiempo.

#### b) *El relato de la génesis de la vida y el destino del universo*

¿De dónde viene el mundo? ¿Adónde va el universo? ¿Hacia la nada? ¿Hacia qué océano? La astrofísica actual, cuando habla del origen del universo y de su destino, es fascinante y da vértigo. El mismo vértigo que nos sobrecoge cuando se trata de nuestro origen y nuestra muerte.

La fe ilumina a su modo el tema de los orígenes y del fin, de la tierra y de los seres humanos. En este tiempo de progresivo descubrimiento del espacio, cuando son tantos los que se plantean todo tipo de interrogantes acerca del futuro, es importante retomar los relatos de la fe para superar una «primera ingenuidad» -¡todo ocurrió, literalmente, tal como lo dice la Biblia!- y llegar a una comprensión renovada de la fe en un Dios bueno y creador del universo.

- En relación con la experiencia de los jóvenes y la cultura de este tiempo:
  - los datos de la astrofísica: el *big bang* y el origen del universo;
  - el aumento de la conciencia ecológica;
  - el sentido de la evolución cósmica;
  - el universo en las películas de ciencia-ficción;
  - el amor a este planeta, la protección del medio ambiente;
  - el sentido del cuerpo, de la sexualidad, del trabajo;
  - el drama de la muerte;
  - un mundo que busca la reconciliación.
- Elementos de memoria:
  - las páginas del Génesis sobre la creación;
  - el relato del diluvio;
  - las reflexiones del Libro de la Sabiduría;
  - Jesús enfrentado al mal, a la enfermedad y a la muerte;
  - el acontecimiento de la resurrección, el cuerpo transformado;

- las visiones de un cielo nuevo y una nueva tierra en el Apocalipsis.

c) *El relato del sueño frustrado y la recuperación de la esperanza*

A lo largo de toda la Biblia se narra la historia de un sueño frustrado y de la recuperación de la esperanza. En ella, Dios se revela sin cesar como dador de futuro. Es el Dios de las promesas y de la llamada a la libertad. Ve la miseria de su pueblo y se compromete a liberarlo. En la muerte de Jesús, el sueño se frustra de nuevo. En su resurrección se convierte en el «primero de los vivientes».

De todos los relatos, éste es el central, el más esencial. También el más duro. Y también el más liberador.

- En relación con la experiencia de los jóvenes y la cultura de este tiempo:
  - la experiencia del mal y de nuestras limitaciones;
  - el fin de las ideologías y la pérdida de las esperanzas;
  - el sentido de la compasión, de la lucha por la justicia;
  - el deseo de salud y salvación para todos;
  - las experiencias de liberación presentes en el mundo;
  - la esperanza a pesar de todo, a pesar de la vida rota, más allá de la muerte.
- Elementos de memoria:
  - el acontecimiento del Éxodo;
  - el relato del pecado original;
  - los episodios de Jesús librando del mal y del pecado;
  - el drama del amor-pasión de Jesús;
  - el acontecimiento de su muerte-resurrección.

d) *El relato de la llamada a la fraternidad entre los seres humanos*

Problemas de relación entre las personas, dramas familiares, división en los grupos, conflictos entre los pueblos... Deseos de paz, proyectos de solidaridad, luchas en favor de la justicia... Vivir juntos es el problema radical.

¿Cómo resolverlo? ¿A qué estamos llamados los humanos? ¿Son posibles la comunicación y la comunión? ¿Cómo vislumbrar un futuro para la humanidad? ¿Cuáles son los caminos mejores para la humanización?

- En relación con la experiencia de los jóvenes y la cultura de este tiempo:
  - las relaciones en la familia y entre los pueblos;
  - el respeto a la persona y su dignidad;
  - el sentido de la justicia y el compartir;
  - las relaciones inter-étnicas e inter-religiosas;
  - la lucha contra la violencia y la exclusión;
  - la experiencia democrática;
  - las alegrías y las esperanzas del mundo.
- Elementos de memoria
  - el relato de la torre de Babel;
  - la vocación del pueblo judío;
  - la entrega de la Ley en el Sinaí;
  - la «carta magna» de las bienaventuranzas;
  - el acontecimiento de Pentecostés;
  - la misión de la Iglesia, signo en medio de las naciones;
  - la experiencia de las primeras comunidades cristianas;
  - algunas páginas de la historia de la Iglesia;
  - la eucaristía, signo de comunión, en memoria de Jesús;
  - el sacramento de la reconciliación.

e) *El relato de lo comenzado pero aún inacabado*

La fe nos sitúa siempre entre el «ya sí» y el «todavía no». Este mundo ya está salvado, pero todavía aguarda su liberación. La vida ya se ha manifestado en Jesús, pero todavía no ha llegado a su plenitud.

La fe nos hace mirar al presente, el *ya sí*: el Espíritu de Dios trabaja en el mundo, y a nosotros nos toca discernir «los signos de los tiempos» y vivir en la justicia. La fe nos hace mirar también hacia el futuro, el *todavía no*: esperamos lo que aún está velado, lo que sobrepasa todas las aspiraciones del corazón humano, «los cielos nuevos, la tierra nueva», «cuando todo esto comience...».

- En relación con la experiencia de los jóvenes y la cultura de este tiempo:
  - el sentido de nuestros compromisos;
  - el progreso y las expectativas de la ciencia;
  - la fragilidad de las realizaciones humanas;
  - la incertidumbre del mañana;
  - los esfuerzos de previsión y prospectiva;
  - los «signos de los tiempos»;
  - actuar localmente, pensar globalmente.
- Elementos de memoria:
  - la esperanza de los profetas;
  - las parábolas del Reino;
  - el bautismo, la invitación a caminar en la confianza y la libertad;
  - la eucaristía, pan de vida, semilla de vida eterna;
  - la Iglesia, signo del Reino, siempre por reformar;
  - el fin de los tiempos y el más allá: juicio, cielo, infierno;
  - la realización final del universo y de la historia.

Vale la pena probar esta manera, antigua y nueva a la vez, de enfocar la propuesta de la fe mediante algunos relatos fundamentales. Lo importante es, en efecto, que cuantos intervienen en esta propuesta de la fe tengan un lenguaje común, de modo que la misma comunidad se forje una memoria común y una misma mirada de fe.

## 7. Conclusión: ponerse en camino

Este documento quisiera poder marcar el camino de la fe por unos nuevos territorios con los jóvenes.

Las referencias que hemos señalado nos invitan a abandonar caminos en otro tiempo familiares, pero que los jóvenes ya no frecuentan.

Nos invitan a escuchar la llamada del Espíritu para unirnos a ellos en terrenos culturalmente inéditos e inciertos que, por otra parte, son su mundo. Nos incitan a caminar con ellos, con-

fiando en el Espíritu que nos precede y que va preparando los caminos.

Nos obligan a una conversión. Debemos pasar de la mentalidad del conquistador a la postura del explorador. No se trata de ganarse a los jóvenes, de conquistarlos o «traerlos a la Iglesia», como se decía antaño. Se trata de explorar con ellos, según su edad y su cultura, la sabiduría que da vida y los signos de un Dios a quien, desde el paraíso, le gusta caminar con los humanos (Gn 3, 8).

Esta conversión implica soltar prenda, lo cual no es un gesto de rendición, un echarse a la cuneta, ni una huida hacia adelante. Es un acto de fe y de esperanza en Aquel que se ha comprometido en la historia humana hasta los confines de las edades, las culturas y las fronteras (Mt 28, 20).

Este documento no acaba aquí. Sólo quisiera abrir caminos, animar a ponerse en marcha. En esos caminos que sepamos compartir con los jóvenes, ellos serán a veces nuestros maestros. Con ellos, el Espíritu nos invita a proyectar la Iglesia del mañana.